

Traer “hijos o hijas al mundo”:
significados culturales de la paternidad y la maternidad

Yolanda Puyana Villamizar
Claudia Mosquera Rosero

Traer “hijos o hijas al mundo”: significados culturales de la paternidad y la maternidad

Yolanda Puyana Villamizar
Claudia Mosquera Rosero

· **Resumen:** *El objeto de este artículo es dar a conocer y compartir las representaciones sociales de padres y madres habitantes de la ciudad de Bogotá, acerca del significado de los hijos o hijas en el momento de su nacimiento y los cambios que este evento les produjo en sus proyectos de vida. Las representaciones sobre la prole están asociadas a las relaciones de género, a las condiciones sociales de vida y a la forma en que ellos o ellas se sitúan ante los cambios culturales y sociales de la segunda parte del siglo XX. Los significados acerca de la llegada de los hijos e hijas son heterogéneos según las tendencias donde los padres o las madres se ubiquen: la tendencia tradicional, conformada por hogares en los que la mujer encuentra en la maternidad la plenitud de su vida y permanece en el hogar, mientras el padre se proyecta como proveedor; la tendencia en transición, en la cual los padres se acercan más a los hijos o hijas, participan de la crianza y cuestionan el rol de proveedores, mientras las mujeres tienen otros proyectos de vida que se suman al de la maternidad, generándoles ambigüedades; y por último, la tendencia de ruptura, formada por padres y madres que dividen sus roles indistintamente: los primeros acompañan a las mujeres desde antes de nacer el bebé, y las segundas combinan sus proyectos profesionales con la maternidad. Se observa así un importante resquebrajamiento de las representaciones sociales que asimilan el ser mujer con la maternidad y que asignan al hombre el doble rol de proveedor y eje de la autoridad en la familia.*

Palabras Clave: representaciones sociales, paternidad, maternidad, género, tendencias: tradicional, en transición y en ruptura.

· **Resumo:** *O objeto deste artigo é o de dar a conhecer e compartilhar as representações sociais de pais e mães habitantes da cidade de Bogotá, a respeito do significado dos filhos e das filhas no momento do seu nascimento e as mudanças que este evento lhes produz nos seus projetos de vida. As representações sobre a prole estão associadas às relações de gênero, às condições sociais de vida e à forma em que eles ou elas se posicionam perante os câmbios culturais e sociais da segunda parte do século. Os significados a respeito dos filhos e filhas são heterogêneos segundo as tendências onde os pais ou as mães se situem: a tendência tradicional, conformada por lares nos quais a mulher encontra na maternidade a plenitude da sua vida e permanece no lar, enquanto o pai se projeta como provedor; a tendência na transição, na qual os pais se aproximam mais aos filhos ou filhas, participam na criação e questionam o rol de provedores, enquanto as mulheres têm outros projetos de vida que se somam ao da maternidade, gerando-lhes ambigüidades; e, por último, a tendência de ruptura, formada por pais e mães que dividem seus roles indistintamente: os primeiros acompanham às mulheres desde antes do nascimento do bebê, e elas combinam seus projetos profissionais com a maternidade. Observa-se assim um importante debilitamento nas representações sociais*

que assimilam o fato de ser mulher com a maternidade e que atribuem ao homem o duplo rol de provedor e eixo da autoridade na família.

Palavras Chave: representações sociais dos filhos e filhas, gênero, paternidade, maternidade, tendências: tradicional, em transição e em ruptura.

• **Abstract:** *The purpose of this paper is to present the results of research on patterns of change in parental life projects after childbirth, in the city of Bogotá (Colombia). The study focuses on the social representations implicit in the ways fathers and mothers attribute meaning to the birth of their children, and on the changes they identify in their life projects as a consequence of child rearing. The different meanings attached to having offspring relate directly to variations by gender, living conditions and the assimilation of social and cultural changes in the second half of the 20th Century. Three patterns can be discerned in the social representations of child rearing: The first is the traditional pattern, represented by couples in which women consider motherhood as the ultimate fulfillment of their life and stay at home, whilst their husbands are the breadwinners. The second pattern is called transitional, in which fathers resist being only breadwinners and participate in child rearing, whereas mothers build life projects of their own beyond motherhood, although with feelings of ambiguity. Finally, the third pattern is that of families that have broken with tradition. Parents in this group divide roles without distinction by gender. Fathers participate with their wives even before child birth and mothers combine professional careers with mothering. In this last group we found that the traditional imaginary that equates women with motherhood and men with the role of breadwinner and center of family authority has been eroded.*

Key words: social representations, fatherhood, motherhood, paternity, maternity, gender, tendencies: traditional, transitional, in rupture.

Traer “hijos o hijas al mundo”: significados culturales de la paternidad y la maternidad*

Yolanda Puyana Villamizar**

Claudia Patricia Mosquera Rosero-Labbé***

-I. Introducción. -II. El significado de un hijo o hija expresa representaciones sociales. -III. Voces tradicionales: el padre apunta hacia la responsabilidad y la madre hacia la realización plena. -IV. Voces de la transición: los padres reiteran los afectos y las madres las ambigüedades. -V. Voces de ruptura. -VI. Conclusiones. -Bibliografía.

Primera versión recibida marzo 30 de 2005; versión final aceptada junio 22 de 2005 (Eds.)

*“Uno siente al hijo es en el momento del nacimiento.”
(Luis)*

*“Me volví mamá culeca.”
(Luisa)*

I. Introducción

El nacimiento del hijo o hija es impactante y transforma la existencia de la mayoría de las personas; sin embargo, este evento es vivido de manera diferente por los hombres y las mujeres, y según sus historias y proyectos vitales, su ubicación socio-profesional y la influencia que han tenido en ellos y ellas los cambios culturales y del contexto social. Este artículo se propone precisamente el análisis de representaciones sociales y prácticas en el momento en que un grupo de padres y madres de diferentes estratos sociales de Bogotá se convierte en tales. Se pretende responder a los siguientes interrogantes: ¿Qué concepciones,

* La investigación fue financiada por Colciencias y las universidades: Antioquia, Valle, Cartagena y Autónoma de Bucaramanga y coordinada por la Universidad Nacional a través de la escuela de Estudios de Género y el Departamento de Trabajo Social y contratada entre febrero de 1999 hasta febrero de 2001. Aparece con número de contrato 4020 de 1999.

** Master en Estudios de Población de la Universidad Javeriana. Profesora Asociada Departamento de Trabajo Social y Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinadora del Grupo de Estudios de Familia, Centro de Estudios Sociales, CES. Dirección electrónica: ypuyanav@hotmail.com

*** Trabajadora Social de la Universidad de Cartagena, Socióloga de la Universidad de París III y candidata a Ph.D en Trabajo Social de la Universidad de Laval en Canadá. Profesora Departamento de Trabajo Social, Investigadora del Centro de Estudios Sociales (CES) de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Dirección electrónica: cpmosquerar@unal.edu.co

sentimientos y prácticas experimentaron los hombres y las mujeres ante el nacimiento de la primogénita o el primogénito? ¿De qué manera el nacimiento de un hijo o hija impactó sus proyectos de vida? y ¿cómo cambian los significados que padres y madres otorgan a este momento del ciclo vital?

Es importante aclarar que el artículo fue producto de la investigación *Cambios en las Representaciones Sociales de la Paternidad y la Maternidad* realizada por las autoras en los años 1999 y 2001 en la ciudad de Bogotá. Se privilegió el enfoque cualitativo a partir del análisis intensivo de los relatos provenientes de 88 casos, cuya información se recogió a través de 68 entrevistas profundas y 20 historias de vida. Los padres y las madres entrevistadas tenían en promedio 42 años, habían conformado diferentes tipos de estructuras familiares, poseían niveles educativos variados –desde analfabetas hasta universitarias– y ocupaciones disímiles. Los entrevistados y entrevistadas se agruparon de manera distinta según el estrato socioeconómico en el que habita la familia y usando la clasificación del DANE para los hogares de la ciudad de Bogotá. Se constituyó el grupo A que integró a los entrevistados pertenecientes a los estratos 4, 5 y 6, con un nivel socioeconómico alto, y el grupo B, correspondiente a los estratos 1, 2 y 3, en los que se concentra la población de menores ingresos.

Así, se hicieron dos tipos de análisis de las narrativas: el denominado *intratextual*, el cual consiste en estudiar la entrevista como totalidad y reconocer el sentido que quienes conversan otorgan a sí mismos, así como la posición de padres y madres respecto a sus tareas. El segundo tipo de análisis llamado *intertextual*, se encaminó a comparar los relatos entre las narrativas codificadas en categorías. En el caso específico de este artículo se efectuó un análisis *intertextual* de las preguntas referidas a las circunstancias y del significado que padres y madres le otorgaron al nacimiento del primer hijo o hija y los cambios que se produjeron en sus vidas¹.

Del análisis *intratextual* surgió el concepto de *tendencia*, la cual se definió como una categoría inducida a partir de la observación empírica que facilita la agrupación de los datos e indica los aspectos comunes de las narraciones frente al cambio social o cultural, y su evolución a través del tiempo. El análisis a partir de las tendencias se ha definido como “*encontrar en el conjunto de relatos las formas dominantes de orientación del cambio de hombres y mujeres, en cuanto a la manera de ejercer la paternidad y la maternidad*” (Lamus, D. & Useche, X., 2002, p. 47). Las tendencias emergieron de la inducción y en eso se distinguen de las tipologías que obedecen más bien a modelos teóricos deductivos. Se establecieron tres tendencias: la primera denominada *tradicional*, la cual se caracteriza por la cercanía a los discursos sobre la paternidad y la maternidad de los años sesenta, y comprenden: una férrea división sexual de roles, caracterizada por enfatizar en el papel del padre como proveedor y centro de la autoridad, y en el de la madre como el ama de casa y eje de la vida afectiva de la familia. En la segunda, llamada de *transición*, se aglutinan personas que han sido influenciadas por los cambios sociales y culturales que se han vivido en el país, en medio de intensos conflictos derivados, entre otros, de los choques culturales entre una forma tradicional de ver la descendencia y las relaciones de género con ideas renovadoras acerca de la proveeduría económica, el ejercicio de la autoridad y la expresión afectiva. En esta tendencia los padres comienzan a crear nuevos significados y funciones a

¹ Se empleó el programa para el procesamiento de información cualitativa denominado Ethnograph, versión 5.0.

este evento y las madres rompen con la visión tradicional que las confinaba al hogar. La tercera, denominada tendencia *en ruptura*, es la más innovadora y se caracteriza por construir formas de *ser padre* y *ser madre* marcadamente diferentes a las tradicionales: las mujeres construyen proyectos de vida alternativos a la maternidad, mientras que los hombres se integran a las actividades hogareñas como proyecto de vida. No caben entre ellos y ellas rígidas divisiones de roles de género a la hora de socializar al hijo o a la hija. Varios investigadores sobre familia han distribuido de forma similar las distintas posiciones sobre el cambio. Gutiérrez de Pineda (1988), por ejemplo, hace referencia al último grupo como los más innovadores. En el caso de la investigación realizada en Bogotá, la mayoría de las personas entrevistadas se encontraba en la segunda tendencia, una tercera parte en la tradición y una minoría en ruptura.

Cada tendencia trae consigo un significado distinto del primogénito o de la primogénita; así, mientras para los padres ubicados en la tendencia tradicional significó la necesidad de generar muchos más recursos económicos, para las madres de esta misma tendencia significó su realización, en tanto consideraron la función reproductiva como central en la vida. En la tendencia de transición, los padres narraron que la llegada del primer hijo o hija les acercó a un rol más afectivo, mientras que las madres cuestionaron la excesiva valoración que la cultura otorga a la reproducción y se definen más desde otros roles como el laboral. Finalmente, para el grupo calificado como de ruptura, la llegada de un hijo o hija significó la oportunidad de construirse en una nueva persona y de educarlo o educarla de manera distinta a lo determinado por la cultura tradicional familiar.

II. El significado de un hijo o hija expresa diversas representaciones sociales

Antes de entrar a analizar los hallazgos de cada tendencia, es necesario mencionar que existe una relación entre el significado de un hijo o hija y las representaciones sociales acerca de las relaciones de género, así como con el contexto social y cultural donde se desenvuelve la biografía personal de madres y padres.

La sociología, la antropología, el psicoanálisis y recientemente la psicología social, han teorizado acerca de conceptos que faciliten interpretar el pensamiento colectivo y cotidiano de un pueblo. Heller (1977) define el pensamiento cotidiano como el conjunto de ideas que otorgan sentido a la existencia de cada ser; es pragmático, se nutre del conocimiento científico, de la religión, de compartir con los demás y en general de la cultura, sin que el sujeto cuestione de manera profunda sus ideas. En la década del 70, –afirma Jodelet (1986)–, que Serge Moscovici propuso el término de representación social para referirse al pensamiento colectivo de un pueblo; lo define como el conjunto de imágenes que rigen el pensar diario, el llamado sentido común fundamentado en la cultura, producto de la forma como hombres y mujeres se integran a la vida social y asimilan los valores que se transmiten en el proceso de socialización y dan sentido a la existencia, a los acontecimientos vitales y al entorno social. Desarrollando estas ideas define las representaciones sociales como nociones que

“Conciernen a la manera en que nosotros, sujetos sociales, aprendemos los acontecimientos de la vida diaria, las características de nuestro ambiente, las informaciones que en el circulan, a las personas de nuestro entorno próximo o lejano... Conocimientos que se constituyen a partir de nuestras experiencias, pero también de las

informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social” (Jodelet, 1984, p. 472).

Las representaciones sociales se vinculan con el contexto social a partir de los procesos denominados *objetivación* y *anclaje*. El primero, consiste en aquella operación que forma la imagen y la estructura: construir significados que dan sentido a la existencia. Mientras el segundo, se refiere al enraizamiento social de la representación y al papel que ésta juega al dinamizar la vida social.

En este estudio se ha optado por definir la paternidad y la maternidad como representaciones sociales, ya que las culturas le confieren significados, sentidos e imágenes al papel que el hombre y la mujer cumplen ante la reproducción biológica y al cuidado que implica la crianza. Las atribuciones asignadas a los padres y madres se encaminan a garantizar la continuidad de la especie, y de forma correlativa, quienes juegan el papel de progenitores o progenitoras otorgan un significado a su descendencia, expresando a la vez ese pensamiento colectivo o tomando distancia de éste. Compartimos con Tubert, (1996) quien ilustra en sus textos, cómo el ser madre tiende a ser asociado por muchas culturas con una virtud que acerca a los humanos a la vida, a la naturaleza; con las diosas en las religiones politeístas. Mientras que ser padre en las religiones monoteístas se asocia con la ley, con el orden, con dios y con la protección de la especie. Las representaciones sociales sobre hijos o hijas son interiorizadas por cada persona desde la más temprana socialización, en la medida en que se aprende a ser hombre o mujer.

El significado que se le otorga al *ser padre* o *ser madre*, se desprende de las expectativas y los simbolismos que la cultura establece respecto a las relaciones de género; el concepto hace referencia a las representaciones sociales que brindan sentido a la diferencia sexual, a la manera como se explican, se valoran y se establecen normas acerca de la masculinidad y la femineidad. Lamas (1996) considera al género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, y al mismo tiempo como una forma primaria de relaciones significativas de poder. En esta perspectiva, el género es una categoría relacional y facilita conocer las jerarquías culturales sobre las cuales se aprecian de manera distinta los sexos. La corporalidad femenina corresponde a una imagen de maternidad: servicial, pasiva, emocional, y que ama sin fronteras ni límites. Es a la vez un cuerpo constreñido por la tradición patriarcal que ha dominado la capacidad procreativa de las mujeres y les ha impedido sentirse sujetas de placer. En el polo opuesto se encuentra el cuerpo masculino, estereotipado como el activo, creativo, racional, viril y proveedor.

Por tradición las mujeres construyen la femineidad formándose en las cualidades que la cultura ha construido sobre lo que significa ser madre. Como alude al respecto Fernández (1996, p.161), “Se organiza el universo de significaciones en relación con la maternidad alrededor de la idea mujer igual madre: la maternidad es la función de la mujer y a través de ella la mujer alcanza su realización y adulez. La madre es el paradigma de la mujer, en suma la esencia de la mujer es ser madre”.

En contraste la masculinidad se construye en torno a cualidades asociadas a las representaciones sociales que la cultura ha construido acerca de ser padre: proveedor, competitivo, adusto, con poca capacidad para expresar los sentimientos y para asumir otras tareas cercanas a las actividades más propias del hogar. (Burín & Meler, 1998). De forma que las representaciones sociales dominantes en nuestra cultura han sido la de *mujer igual madre* complementada con *hombre proveedor*.

Las representaciones sociales sobre el significado de un hijo o hija están articuladas con el contexto social, de manera que cuando se altera dicho contexto, éstas cambian. Como demuestran algunos historiadores de la familia en Europa, el desarrollo capitalista desde los siglos XVII y XVIII fue correlativo al despertarse un interés por la infancia, el cual inspiró un *sentimiento moderno de la familia*; los padres y las madres ya no sólo debían engendrar hijos, sino que la moral de la época les exigía una formación de su prole para la vida económica y social (Ariés, 1987).

Durante la mitad del siglo XX las Ciencias Humanas contribuyeron a legitimar unas representaciones sociales que reproducían una visión bipolar acerca del ser padre, madre, hombre o mujer. Como afirma Elizabeth Badinter (1981, p.248), “La psicología, el psicoanálisis, la pediatría y la sociología, sustentaron la necesidad de cualificar los procesos de socialización y aplicaban sus teorías hacia un reconocimiento científico de la niñez, enfatizaban en el papel del cuidado y la crianza concentrado en las madres, excluyendo al padre de dicha tareas”.

Durante los años 60 en los Estados Unidos la sociología exaltó la familia nuclear como único modelo adecuado para el proceso de modernización que estaba ocurriendo. Dicha visión, reforzada por Talcott Parsons, definía a la familia ideal como aquella donde el padre cumpla el papel de proveedor y la madre las tareas domésticas en el hogar. El primero, era pensado como el líder instrumental del hogar, mientras que la mujer era considerada –por el autor– más eficaz, cuando combinaba sus tareas con valores emocionales proclives a la función materna. Finalmente, se propuso como modelo la división sexual del trabajo propio de la familia de clase media norteamericana que requería de mano de obra flexible para el mercado laboral y un alto nivel técnico de la población trabajadora (León, 1995).

En Colombia, desde la década del setenta hasta hoy se destacan varios fenómenos contextuales que incidieron en un cambio de las representaciones sociales de padres y madres acerca de su descendencia. Son ellos el acelerado descenso de la fecundidad, la vinculación masiva de la mujer al mercado laboral, el aumento del nivel educativo de los hombres y, en especial, de las mujeres, y un proceso de secularización de las creencias religiosas que regulaban la vida íntima de las personas. Estos eventos brindaron mayor capacidad a la mujer para manejar sus ingresos e incidieron en que ella se planteara alternativas de vida diferentes a la maternidad y con mayor autonomía ante su pareja.

Los cambios en la vida familiar influyen en la manera como los hombres se representan la masculinidad, al desarrollar mayor capacidad para la expresión de los afectos y permitir que vayan surgiendo en ellos actitudes que facilitan una cercanía a los hijos, complementando el papel de *padre proveedor* con una mayor presencia antes sus demandas afectivas (Puyana, 2003, Viveros, 2002).

Como se afirmaba anteriormente, las representaciones sociales sobre la maternidad y la paternidad han variado, de forma que los procesos de objetivación y anclaje de las mismas son heterogéneos, y las imágenes con que los padres y las madres significan sus relaciones ante la descendencia, varían. Por tanto, a continuación se examinarán las distintas voces con que los padres y las madres recordaron la presencia de un primer hijo y las experiencias que vivieron, bien sea como tradicionales, en transición o en ruptura.

III. Voces tradicionales: el padre apunta hacia la responsabilidad y la madre hacia la realización plena

La tradición se define como: “Lo que permanece, calificado como tal a partir de lo no moderno, en razón al enorme poder que contienen las costumbres que se reproducen en la socialización y a diferencia de ideas y prácticas innovadoras o formas de pensar y sentir consideradas modernas” (Giddens, 1995, p. 51, 55).

El término hace referencia a aquellas narraciones que se acercan más a la paternidad y a la maternidad de los años 60, las cuales se mantienen y reproducen a pesar de las presiones sociales hacia el cambio. Las personas de la tendencia tradicional se resisten a adoptar las representaciones y prácticas más propias de esta época ya que frente al nacimiento del primogénito expresan con claridad las representaciones sociales que legitiman al padre como proveedor vinculado al mundo de lo público, cuya tarea central es la de conseguir los recursos económicos necesarios para su familia. Así se piensa que éstos cumplen con los preceptos que la cultura impone acerca de la masculinidad, mientras que en las respuestas de las madres sobresalen los recuerdos sobre la felicidad y la realización plena ante la procreación. En pocas palabras, tener un hijo o hija es considerado por ellas el centro de la vida de la mujer y una manifestación de su feminidad.

Por esta razón no sorprende que al preguntarles a los padres de esta tendencia sobre el nacimiento del primer hijo o hija se refieran a la *responsabilidad*, en medio de la alegría y el temor ante el acontecimiento. Dicha expresión se asocia con la proveeduría para responder a las necesidades económicas del recién nacido, lo cual genera el interés por aumentar los ingresos para la familia. Por esto los hombres manifiestan que debieron “romperse el lomo” o “echar más azadón”². El temor a no cumplir con este imperativo cultural frente a la esposa y la progenie, genera sentimientos ambivalentes que se resumen en la expresión “*me sentí contento y con pánico*”.

En muy pocos casos los proyectos laborales o carreras de los padres o madres con el nacimiento del primer hijo o hija, se alteran de manera sustancial. Los más pobres intentan migrar en busca de recursos: “*me fui para Muzo a buscar esmeraldas*”. Otros aceptan puestos en trabajos precarios: “*cuando me llamaron yo necesitaba este trabajito, porque ya a la mujer se le notaba la barriga. El primer hijo, no es pa’ decirle a la mujer, mire vaya consiga pa’ mercado, no. Eso es no ser padre, para mí no*”. A otros el evento los estimula para crear pequeñas y medianas empresas o aumentan las horas de trabajo remunerado.

Como podemos ver, los padres manifiestan que con la llegada de sus hijos e hijas sintieron “*un mayor compromiso por su hogar*”, casándose, u “*organizándose*” en convivencia. Unos declaran que: “*fue echarme la soga al cuello, una alegría muy grande y especial, pero me tocaba dejar los amigos, los de farreo*”. Mientras quienes ya convivían con una mujer aducen que a partir de la paternidad *dejaron de ser vagos, cogieron juicio y se volvieron más de la casa*. Algunas madres también confirman esta sensación, ya que consideran que con la llegada del primer hijo o hija, solucionaron los problemas conyugales, pues los hombres se convirtieron en *padres hogareños y esposos o compañeros comprometidos*.

² Las palabras y frases textuales de los entrevistados se encuentran en cursiva y entre comillas, mientras las expresiones coloquiales extraídas de sus frases textuales se muestran sólo en cursiva. Los nombres son inventados para hacer más agradable la lectura.

En los discursos de los padres ubicados en la tendencia tradicional, el nacimiento del hijo o hija aparece asociado con la idea de proteger a la prole, como en la tendencia tradicional. Al respecto manifiestan que sintieron “*la necesidad de brindarles protección, porque así se les ofrece lo que no tuve, son un amor que no se puede medir con nada*”. Se afirma que los hijos son “*una continuidad de la descendencia, garantizan la inmortalidad...*”, “*los hijos son la semilla de mi propio ser, parte de mi cuerpo y de mi sangre*”.

En conclusión, las manifestaciones más comunes de los padres de la tendencia tradicional son la responsabilidad, la protección y la trascendencia, obedeciendo así a la representación social que designa al hombre el ideal de proveer y representar a la familia, y así fortalecer las cualidades propias de su masculinidad.

Para las madres de la tendencia tradicional la llegada de la prole significó reafirmar el trascendental papel de la procreación en sus vidas, debido a que éstas han interiorizado la representación social según la cual *mujer y madre* son cualidades inseparables. Este significado se asocia con sus condiciones de vida, en tanto para ellas trabajar fuera del hogar o aumentar su nivel educativo fueron proyectos inexistentes. Por esta razón, ante la llegada de la prole manifiestan “*sentimientos de felicidad, de dicha infinita o de plenitud*”. Dichas expresiones representan la concreción del principio por el cual se considera que la mujer se realiza como ser social al procrear; así hace realidad lo aprendido en su temprano proceso de socialización cuando de niñas “*muñequaban*”. Así mismo, agregan que ser madre les produjo “*un cambio en sus cualidades personales porque lo realizan a uno como madre y como esposa, los hijos lo comprometen más a uno, lo vuelven a uno mamá culeca*”. Estas creencias afianzan la representación social según la cual “*las madres son seres tiernos y por extensión, las mejores dotadas para criar al hijo*” (Hays, 1998, p. 97).

Acorde con su rol, es posible observar miradas divergentes entre hombres y mujeres frente al nacimiento del hijo o hija. Los primeros aducen que ellas se exaltan de manera excesiva, ya que consideran “*propio de la naturaleza femenina encargar niños*”; mientras que algunas madres narran con dolor que sus compañeros *fueron indiferentes, temerosos*, e incluso que *huyeron*.

Las madres del grupo B matizan *la felicidad* ante el nuevo hijo o hija aludiendo al “*temor por la responsabilidad*” que implica. Sensación asociada con la vulnerabilidad social propia de las mujeres de sectores populares, cuando el compañero no asume la proveeduría o a la inseguridad por no contar con los recursos económicos suficientes para su sostenimiento.

A su vez, aunque padres y madres hablan del sentimiento de *responsabilidad*, en cada uno tiene significaciones distintas: para los hombres se relaciona más con asumir la función de la proveeduría y para las mujeres con el temor de cumplir de manera simultánea los oficios domésticos combinados con la proveeduría y el ejercicio de autoridad ante la prole, porque temen que sus compañeros no lo harán.

No obstante, las madres de la tendencia tradicional consideran que la prole pertenece más a ellas, representación social que permite explicar que el hombre no le otorgue gran importancia a su prole y que las mujeres lo asuman como su *mayor responsabilidad* cultural y social. El adagio popular “*madre no hay sino una y padre es cualquiera*”, ilustra mejor lo expuesto. En consecuencia, a partir de la representación que estas madres hacen de su hogar, en la práctica se excluye y se desvaloriza de manera simbólica la figura paterna. Algunas madres de sectores populares tuvieron que dejar de trabajar fuera del hogar, asumir las labores domésticas y destinar poco tiempo al trabajo

remunerado. En un estudio realizado en Bolivia se encontró una situación similar: las madres tienden a asumir todos los roles favoreciendo a los padres para que evadan su papel (Ewel, 1998).

Si bien prevalece en hombres y mujeres la alusión a la satisfacción cuando nace el primer hijo o hija, algunas madres manifiestan haber experimentado sentimientos de rechazo ante tal evento: *“el nacimiento de la niña fue terrible, ella lloraba y pedía más comida y yo que con sólo verla ya estaba aburrida con ella”*. En este caso se trata de madres solteras jóvenes que recibieron poco apoyo emocional y cuyo embarazo temprano fue reprobado por parte de sus redes familiares. Además, una minoría de los padres recordó el rechazo que implicó la llegada del primer hijo porque así se sentían obligados a convivir con una mujer que dejaron de amar o porque, como recuerda Luis, *“la conocieron por casualidad sin que ellas correspondieran al tipo ideal de la madre de sus hijos”*. Este caso ilustra cómo la relación de pareja incide en los sentimientos que el nacimiento de un hijo les genera a los padres.

IV. Voces de la transición: los padres reiteran los afectos y las madres las ambigüedades

La categoría de transición ha sido empleada por varios estudiosos de los cambios culturales que conciernen a la familia, para calificar un resquebrajamiento respecto a la tradición. Elías (1998) por ejemplo, enunció para el caso de Europa una transición respecto a las relaciones entre padres e hijos, en torno a la forma en que se expresan la autoridad y los afectos, frente a otras formas más afectuosas, pero a la vez más controladoras y necesarias para una sociedad cada vez más tecnificada y compleja. En el caso de Colombia, Ligia Echeverri planteó un cambio ocurrido en las familias colombianas: *“en esta etapa de transición entre la familia tradicional y la familia contemporánea, en la cual se encuentran una mujer recientemente liberada y apoyada por la ley, con un hombre patriarcal apoyado por la religión y por la tradición cultural”* (1998, p. 51). Como plantea la autora, se presenta una transición de las relaciones de género: mientras los padres cuestionan la representación social según la cual proveeduría es sinónimo de ejercicio de la paternidad, las madres comienzan a criticar que la única forma de realización personal, sea el ser madre y que la reproducción biológica se proyecte como único destino para la mujer.

Las emociones que expresan los padres de esta tendencia, las asocian con el impacto que les produjo el contacto corporal y afectivo con niños o niñas desde muy corta edad. Afirmaciones como: *“uno siente al hijo es en el momento del nacimiento”*, o *“esa experiencia me permitió expresar sentimientos”*, indican el cambio respecto a la tendencia tradicional. En la medida en que los padres interactuaron con el recién nacido o la recién nacida, experimentaron emociones táctiles: *“al nacer mi hijo no sentí nada y fue difícil aprender a alzarlo, pero en la medida que fue creciendo y que aprendí a sentirlo, se va convirtiendo en la adoración de uno”*.

La mayoría de los padres con niveles educativos altos que reflexionaron en torno a la paternidad después del nacimiento del primer hijo o hija, reconocen que el embarazo de sus mujeres no les produjo mayor interés; pero la situación cambió en la medida en que asumieron alguna labor importante en la crianza pues, según dicen: *“entendieron la trascendencia de la paternidad en la vida de un hombre”*. Los sentimientos de temor que produce la responsabilidad ante el nacimiento de la prole, se enuncian menos que en la *tendencia tradicional*, pues éstos hombres destacan más el placer y el amor que la cercanía

a su progenie les hizo experimentar, como lo dice Camilo: *“comencé a gozarla en el momento de estar con ella, recibirla, limpiarla y todas esas cosas, es rico, una sensación muy hermosa”*.

En sus narraciones los padres manifiestan que la paternidad es sentida como un cambio en sus biografías, pasando de una vida *“sin preocupaciones, desorganizados”* a otra en donde de manera repentina encuentran responsabilidades sociales propias de la adultez, lo cual se resume en que *“se organizan”*. Expresan que: *“sólo cuando se está montado en un potrero, uno no sabe como es la cuestión”*. Es decir, es necesario convivir con los niños o las niñas para asumir los retos que conllevan y experimentar el significado de ser padre.

Otros padres, como Juan, sienten que *“me engrandecí como hombre, es algo muy hormonal, muy especial porque: la bañaba y era muy compartido”*. Para Carlos fue *“una misión en la vida, llegué a sentirlos como unas estrellas que me abrieron al mundo, un motivo de existencia, mi cable a tierra, mi ancla y mi remanso”*. Estos adjetivos identifican varios aspectos en relación con la historia de vida de estos hombres; sus primeros hijos o hijas les sensibiliza ante sus emociones y el sentido de la vida, y al mismo tiempo les revela un sentimiento de *trascendencia* expresado en estos términos: *“es una experiencia, lo máximo como hombre, porque es la continuación y mi proyección como persona”*.

Una minoría de padres entrevistados dentro de esta tendencia relataron que participaron en los cuidados posparto e insistieron ante sus compañeras acerca de su interés al compartir un lugar en las tareas ligadas al posterior crecimiento evolutivo del hijo o hija. Una paternidad más presente los hace afirmar que *“ya la vida no es la de uno, no se puede hacer lo que se le dé la gana, todas las decisiones deben pasar por los niños y son el sentido de la vida”*. A pesar de los temores, cuando nace su prole muchos padres se disponen a buscar una nueva relación afectiva más próxima y menos centrada en la proveeduría. La mayoría de estos padres son jóvenes y con alto nivel educativo, encontrándose una asociación entre la edad y el nivel de escolaridad con un mayor acercamiento a este tipo de paternidad³.

Edgar, un líder sindical, recuerda haber tenido el hijo por la esperanza de construir un futuro, un mundo mejor, lo cual ocurrió en medio de un período que él vivió como de estabilidad económica y emocional. Cree que *“los niños son una extensión de uno sobre la tierra y una fotocopia”*. Carlos se considera *“muy responsable como padre, porque tener un hijo es seguir en la tierra por un tiempo después de mi muerte, como tener ocasión de sembrar una semilla que va a continuar, porque continúan esas inclinaciones en sus genes”*. Finalmente, Hugo sintió una inmensa alegría al momento de nacer su primer hijo: *“era mi gran ilusión, una cosita bonita que hay que tratarla de manera especial, era un muñequito que podía acompañar y llevar”*.

Otra situación en la vida de los entrevistados que incide en este cambio de la paternidad, es la de conformar un hogar monoparental⁴ debido a la separación o a la viudez, o al hecho de pertenecer a hogares superpuestos, cuando se inicia una nueva unión con hijos de las anteriores. Juan, padre viudo quien vive con sus tres hijos, narró que el nacimiento del primogénito no alteró su proyecto profesional, porque *“era lo más natural que podría ocurrir después del matrimonio”*, pero ante la falta de la esposa asumió diferente su papel. Los padrastros entrevistados muestran que la paternidad se aprende en la interacción cotidiana con los niños o niñas de sus compañeras, lo cual les genera

³ Esta asociación no es absoluta porque también se hallaron padres cercanos a las tareas de proveedor en la tendencia tradicional con alto nivel educativo.

⁴ Cuando cohabitan el padre o la madre con los hijos, sin el respectivo cónyuge.

sentimientos de protección y afecto. Marco, por ejemplo considera que su experiencia como padrastro lo maduró como hombre, y a través de este rol, comenzó a desarrollar el “*instinto paterno*”. Su interpretación es significativa, por cuanto vincula un argumento naturalista como el del instinto paterno, con su sentimiento hacia el hijastro, justificando con ello el vínculo afectivo. Una situación similar se observa en Jaime, quien se unió con su esposa ya embarazada de otro hombre y asumió la paternidad; él considera que ha sido el verdadero padre de ese niño, porque el afecto brotó a raíz del intercambio cotidiano y cálido con éste. Las concepciones sobre la paternidad a partir del afecto y no por razones biológicas, están mostrando una inclinación de los padres a construir las relaciones familiares a partir de *compartir* y no sólo por lazos de sangre.

Entre los hombres de la *tendencia de transición* también se observan reacciones de rechazo y ambivalencias ante el nacimiento de un primer hijo, porque se sintieron *atados* a las mujeres por este hecho. Así ocurrió con Carlos, cuando su novia quedó embarazada en el momento en que la relación se acababa: “*me parecía terriblemente mortificante, saber que alguien iba a tener un hijo mío y yo no iba a responder por él*”. Desde cuando nació comenzó un conflicto con su ex-novia que lo concibió como “*un ciclo horrible como el chantaje, la extorsión, desde que la niña nació, hasta ahora*”. No obstante, cuando la niña nació, sintió “*una emoción muy verraca, irrelatable, ver una personita parecida a vos, que representa parte de tu historia y de tu vida*”.

Por otro lado, para las madres de esta tendencia la llegada del primer hijo o hija constituyó una fuente de felicidad como lo fue para las de la tendencia tradicional, pero aquí la maternidad no era pensada como su único destino ya que estas mujeres laboran fuera del hogar y se han planteado metas vitales alternativas a las de ser amas de casa. Las condiciones laborales y otros cambios culturales van incidiendo en que se resquebraje la representación social que sustenta la imagen *mujer igual madre*, propia de la tendencia tradicional.

De manera que para las madres en transición del grupo A el nacimiento de su prole ocurre cuando se desempeñaban como profesionales en distintos sectores económicos, por lo cual insisten en que ser madres fue “*una opción*” que debían conciliar con otros proyectos de vida en curso, más que un hecho ligado a su destino como mujeres; el discurso sobre la “*dicha plena*” pierde fuerza, aunque continúa presente, pues la maternidad es una experiencia íntima y gratificante. Aquí sobresalen los sentimientos ambivalentes ante el nacimiento del primer hijo o hija: “*de felicidad con desconcierto, y de alegría con confusión*”, pues este momento les produce sentimientos de culpa y contradicciones internas. A veces significa un rol muy diferente a su carrera profesional, como lo dice María: “*yo era como un poco ajena al cuento de la maternidad por el trabajo que llevaba. La maternidad pues, me parecía muy linda, pero como que no era para mí. Pero desde el nacimiento de mi hija, mi vida cambió totalmente, los hijos siempre he creído que es lo más importante en la vida*”. Otra de las mujeres entrevistadas se refiere con nostalgia a la pérdida de lazos sociales: “*no voy a decir que no me haga falta la recreación sobre todo en pareja. Desde que me casé y hasta la presente me alejé mucho del grupo de amistades, no porque se hubiera deshecho el grupo, sino que finalmente la que salió fui yo*”.

Las madres del grupo B en transición, expresan las mismas ambivalencias en relación con sus condiciones de vida, pero optan por representarse la maternidad como una *responsabilidad*, entendida como asumir la proveeduría y el cuidado. Para ellas la maternidad se establece en condiciones de vida más difíciles que las anteriores, como es el caso de Virginia, de origen campesino, para quien la llegada del primer hijo la indujo a

migrar de la vereda a Bogotá y se propuso buscar nuevas posibilidades y horizontes. A Licenia, por su parte, la maternidad le impidió concretar sueños de viajes: *“yo creo que yo donde no hubiera tenido hijos hoy hubiera estado aquí, mañana allá, nada me hubiera amarrado, pero los hijos, son los que lo sientan, lo hacen tomar una madurez”*.

Algunas mujeres del grupo B, al momento de nacer su primer hijo o hija, atravesaban una serie de situaciones familiares y personales difíciles, como comenta Ginna, operaria de una empresa multinacional; ella sintió una *“doble alegría”* con el nacimiento de su primera hija: *“ya que había tenido un aborto espontáneo y pensé que iba a quedar lisiada para tener un niño. Me sentí contenta al tener una hija completa y sin problemas físicos”*. Bellanira asoció la llegada de su primer hijo con experiencias de vida dolorosas en el interior de su familia de origen: *“yo me sentí feliz, me sentí que había pasado una prueba muy grande, por lo que yo no quería hogar, no quería nada por el trauma de atrás, de mis padres”*. A la expresión *responsabilidad* le otorgan un sentido similar al ya comentado acerca de las mujeres del grupo B de la tendencia tradicional, motivado por las adversas condiciones de vida, como afirma María: *“muchas veces los hombres sufren menos que las madres, porque uno de mujer tiene que estar pendiente, si el hombre no es responsable, que del estudio, que la comida, que la ropa, que estar pendiente de sus hijos, que ser la mamá, que ser la amiga, que ser todo de ellas”*. Otras, como Carolina, expresaron una imagen dual de la progenie: *“los hijos traen alegrías, pero también dolores de cabeza, lo mantienen a uno al día pero también sobresaltado”*. Estas mujeres se diferencian de las tradicionales del mismo grupo, porque son menos idílicas en sus imágenes sobre la maternidad; además, relacionan su situación de madres con las condiciones de vida que ellas deben resolver sin esperar que sólo el padre proveedor las resuelva. Así mismo, soñaron con cambiar las condiciones de pobreza y conflicto vividas en la infancia.

Algunas madres del grupo B plantean que con el nacimiento del primer hijo o hija aseguraron un mejor futuro, pues ellas esperan que *“las ayuden en el día de mañana”*, bajo la imagen de los *hijos cosecha*. Esta representación se acerca a la tradición campesina que considera al hijo un potencial trabajador. Mientras que la expectativa de traer al mundo hijos o hijas que en la adultez estén libres de compromisos con sus progenitores y más bien sean responsables de su propia felicidad, es más fuerte entre las mujeres y los hombres del grupo A.

Una idea que comparten las mujeres de ambos grupos es que con el nacimiento del primer hijo o hija aparecen cualidades femeninas, derivadas de que la crianza constituye un impacto tan fuerte, que es la causa de su entrega y solidaridad ante los demás. Según María Emma *“las mujeres aprenden la capacidad de ver y comprender al otro, cuando no se es madre, la mujer es demasiado egocéntrica. Por eso yo creo que ser madre es tan fundamental en la construcción de la sociedad”*. Martha piensa que los hijos o las hijas *“lo vuelven a uno muy tierno, muy bueno para escuchar razones, tolerar para manejarles esa terquedad sobre todo en la adolescencia”*. Sin embargo, Soraya, bajo la idea de una maternidad transformadora, lamenta que su primer hijo no le haya estimulado a cambiar su carácter: *“me molesta conmigo misma el no haber dado el cambio que yo requiero de mi manejo de autoridad, no ser más dulce y menos sargento”*. Ante la mayor capacidad de solidaridad de las mujeres en comparación con los hombres, Gilligan (1989) demostró cómo nos relacionamos con la justicia de forma diferente, debido al papel de las madres desde la socialización y no desde el hecho de ser madres.

Aún prevalecen entre las mujeres, narrativas que reafirman representaciones sociales según las cuales se es madre a partir del instinto materno, considerado como una fuerza

natural que regula el amor. Por ello la madre se siente mal con ella misma porque en ella no aparecen “*las cualidades de la feminidad*”. Según Badinter (1981) la idea del instinto materno se difundió en el siglo XVIII en Europa, cuando la sociedad valoró más la infancia y trató de recuperarse de las altas tasas de mortalidad infantil. Se creía que si la mujer por instinto es madre, el evento genera la capacidad de sacrificio, tolerancia y en general, características que las facultan para cuidar a las niñas y a los niños, excluyendo al padre de estas tareas.

Es importante anotar que las mujeres de ambos grupos y de las dos tendencias no hablan del nacimiento del primer hijo o hija en términos de *trascendencia*, como sí lo hacen los hombres. La experiencia de la maternidad se explica con la metáfora de la extensión del cuerpo femenino, pero en esta tierra. La mujer se dignifica cuando da vida y cuida a los demás en el aquí y ahora, mientras que los hombres, por el contrario, con el hecho de procrear dicen que se immortalizan, aseguran un relevo generacional que les permitirá perpetuarse y dejar una huella en la faz de la tierra.

De la misma manera que los hombres, algunas mujeres dicen poder desarrollar el *amor materno* a partir del contacto directo con los bebés o las bebés, sobretodo en los casos de embarazos no deseados. Para Milena, por ejemplo, la llegada del hijo le produjo apatía, porque implicó asumirse como madre en un hogar monoparental. Este hijo la hizo “*sufrir y padecer*”; ya que no logró “*ese sueño del cuento de hadas, que viene un príncipe y que ahora seremos felices*”. Otras madres del grupo B rechazaron a su primer hijo por razones distintas: la primera fue obligada por el padre a casarse con un hombre que ella no amaba y quien la maltrataba, por lo que recuerda así ese momento: “*yo no lo quería, no quería tener hijos con él, sin embargo, uno se va adaptando, le va cogiendo cariño al niño poquito a poco*”. La segunda admitió que ella no anheló a su primer hijo ya que en ese momento “*yo me sentí defraudada tal vez porque no tuve un buen esposo, no tuve mi hogar y por el trabajo nunca disfruté a mi hijo*”. A pesar de estas dificultades iniciales, con el tiempo han aprendido a querer a sus hijos, mostrando así que el *amor materno* no es instintivo, sino construido.

Al referirse al impacto de la maternidad en la relación de pareja, las mujeres consideran que el hijo o la hija hacen cambiar de manera positiva o negativa a los hombres. María Elena, del grupo A, relata así este supuesto: “*a los 37 años mi marido fue padre y esto le cambió totalmente su vida. Él vivía en función del trabajo, pero las prioridades le cambiaron, lo más importante ahora en su vida es su familia*”. Podría pensarse que para muchas mujeres la vida en el hogar gira más en torno a la relación con su prole que con su pareja: “*los hijos son lo más importante en la vida. Uno ya vive en función de ellos; antes uno vive en función de uno mismo y de las personas que lo rodean. Para mí, mis hijas están por encima de todo. Son el eje, es lo que me mueve y me impulsa a hacer todo*”. Siendo así surge el siguiente interrogante: ¿Qué pasa con las relaciones de pareja cuando los hijos o las hijas ocupan un lugar central en la vida de estas mujeres?

En conclusión, los padres y las madres de la tendencia de transición avizoran los paulatinos cambios que se están produciendo en las representaciones sociales: para los hombres, el construir una paternidad afectuosa y participar activamente en la crianza después del nacimiento de un hijo o hija; lo que se contrapone a la sensación de las mujeres, para quienes la maternidad se inicia desde la gestación. La característica central de esta tendencia es la de aprender a ser padres “*tejiendo relaciones afectivas y emocionales*”, superando así la distancia afectiva de los padres de la tendencia tradicional, para quienes la paternidad es sinónimo de proveeduría. Por el contrario, las madres, aunque estiman que

logran así una realización personal, viven diversas ambivalencias al asumir la maternidad como una opción coexistente con una carrera profesional y otros proyectos de vida.

V. Voces de ruptura: los padres sienten que “nos embarazamos” y las madres una opción de vida

El nombre de esta tendencia surgió al calificar concepciones y prácticas innovadoras, sumadas a unas relaciones de género andrógenas en las que persiste una división equitativa de tareas, basada en las cualidades de cada integrante de la pareja y no en razón a las representaciones sociales que fijaban a la mujer la crianza por el hecho de ser madre. Este grupo fue calificado por Gutiérrez de Pineda (1988) como líder del cambio cultural, una transformación que significa ruptura con modelos anteriores, sin nuevos modelos alternativos.

Se agruparon en esta tendencia padres y madres de alto nivel educativo y de estratos cuatro y cinco, lo cual de nuevo indica una asociación entre estas características vitales y ser innovador en la vida cotidiana. Posiblemente las ideas innovadoras y las oportunidades educativas, y la irreverencia frente a las normas sociales, asociadas a una mayor cercanía con otras culturas, incidieron en una actitud renovadora de los valores de las generaciones anteriores. Cabe la pregunta acerca del papel de dinamizadores culturales de las clases medias quienes buscan mejor educación y al tiempo renovar sus ideas. Estos padres tienen en común haber estado presentes en espacios domésticos antes del nacimiento del primer hijo o hija, brindar apoyo emocional a la madre durante el embarazo, participar en el parto y el posparto. En los relatos de estos padres y madres se reiteran elementos que validan las teorías sobre el carácter construido de la paternidad a través de la interacción afectiva y la convivencia de proximidad con la prole. Por esta razón, al realizar una evaluación del significado de la paternidad, Jaime planteó con alegría que *“ahora mis hijas son mi razón primaria de vivir, desde que nacieron y desde hace rato, son todo en mi vida”*.

No obstante, otros padres van más allá; deciden construir la paternidad desde el mismo momento del embarazo de su mujer y lo hacen evidentemente con un pronombre inclusivo que marca una actitud diferente a la de todos los entrevistados: *“nos embarazamos”*. Dice David: *“al principio sentí rechazo porque no era el momento, luego sentí que estábamos embarazados. Desde el vientre fue una relación profunda, de suma entrega, tanto que incidió en que mi relación de pareja fracasara, ya que me desentendí de ella, me dediqué demasiado al niño”*. Walter manifiesta unas reflexiones semejantes: *“fue un gran sueño, se preparó, hicimos terapias de pareja, yoga, bitácoras, escribimos semana a semana lo que íbamos sintiendo, hicimos un taller de camisetas con todos los amigos, todo fue gozado y deseado. Yo ya no era uno, éramos tres. Tuve oportunidad de recibirlo y cortar el cordón, me lo pasaron para que yo lo vistiera. Era tener la otra parte de uno reflejada, una intimidad muy especial, una experiencia compartida con la madre”*.

Los padres narran significativos cambios en sus carreras profesionales y un fuerte impacto personal a la llegada de su prole; hablan del interés y de la responsabilidad con la que asumieron las tareas de crianza; plantean que disminuyó su participación en actividades fuera de hogar, como la *“rumba con los amigos”*. Al mismo tiempo, dicen haber sido recompensados porque adquirieron una nueva sensibilidad afectiva y social. Walter afirma que *“sus hijos le han generado una sensibilidad especial hacia la niñez”*. David plantea: *“mi hijo me hizo descubrir mi aspecto femenino, me ha hecho más afectivo, no me da*

miedo expresar afecto y que digan: este es un maricón, ni me da miedo dar un abrazo, como hombre”.

Asumir la crianza con responsabilidad y compromiso se presenta en padres con hogares superpuestos de esta tendencia; por ejemplo, Camilo, quien no ha sido padre biológico, se siente satisfecho con su papel de padrastro, y ha construido una relación con su hijastra menos conflictiva que con su compañera. David, por su parte, se refiere así a la experiencia con su hijastra: *“ella dijo que era la niña más dichosa del mundo porque tenía una mamá y dos papás. Inclusive soy más celoso que el papá, porque ella es muy linda y a veces le digo: va a tocar contratarle unos guardaespaldas para que me la cuiden”.*

Todas las mujeres de esta tendencia han tenido distintas y variadas experiencias personales que las hacen sentirse sujetas con capacidad de introspección. Dicen poseer proyectos profesionales estimulantes y reconocidos socialmente, que las hace distintas a las mujeres de las otras tendencias. Esto les ha permitido cuestionar la representación social que asigna a la maternidad como el destino único de la mujer.

Con relación a los sentimientos que les produjo la llegada del primer hijo o hija, predominan –como en las anteriores tendencias– recuerdos de satisfacción y felicidad, a la vez que surgen narrativas acerca de los cuestionamientos que se hicieron cuando comenzaron a conciliar de manera simultánea las tareas ligadas al ámbito doméstico con sus proyectos profesionales. Lucy manifiesta haber realizado *“uno de los sueños de todas las mujeres que es ser mamá; muy rico, chévere; estaba feliz, fue la mayor emoción de mi vida; casi me muero de la felicidad, por eso me atacó a llorar, me puse histérica”.*

Si bien entre las madres de esta tendencia existe el mismo discurso sobre su realización como mujeres a través de la maternidad, cuando nacieron sus hijos o hijas, continuaron con otros proyectos de vida, realizando reacomodos personales con la pareja o en la vida social. Sin embargo aún prevalecen sentimientos encontrados de desazón ante el trabajo fuera del hogar; al respecto, Edith recordó: *“me causó tamaña crisis, me sentía la mujer más malvada del mundo, me sentía culpable con mi hija. Yo la dejé tirada de tres meses”.* Sin embargo, la mayoría de las entrevistadas tienden a sentirse satisfechas, pues se han realizado en varias dimensiones, han logrado metas como profesionales y han aprendido a pensarse de manera autónoma en la relación afectiva con su pareja.

Es el caso de Luz, quien fue adquiriendo autonomía con el paso de los años y en medio de una profunda capacidad de reflexión sobre sí misma. Cuando nació su primera hija se dedicó a ser mamá y sintió que su esposo no la volvió a desear: *“me cambió muchísimo la relación. La mayoría de los señores se ponen celosos porque uno le dedica mucho tiempo a la hija. A mí me pasó al revés, a mí dejaron de mirarme”.* Por este y otros motivos rompió su relación de pareja y con el tiempo aprendió a establecer relaciones más autónomas con los hombres.

Alexandra señala que gracias a sus hijos hoy *“cada vez me siento más tranquila, menos intransigente que hace unos años”* y aduce que éstos la actualizan: *“uno ve la vida de otra manera, a través de los hijos aprende uno de uno mismo. Yo gracias a mis hijos me siento muy conectada a otros mundos. Yo sé qué se hace hoy cuando se tiene veinte años”.* Gabriela conversa acerca del descentramiento que se opera en las mujeres con la llegada de la prole y cómo orientan sus vidas: *“el sentido de la vida se vuelve el hijo, el trabajo, el impulso para vivir es por el hijo y la libertad se pierde”.*

En síntesis, la maternidad para estas mujeres está influida por las paradojas y oscilaciones entre el ejercicio de esta tarea, la obtención de recursos económicos y la posibilidad de continuar un proyecto profesional en curso.

Los padres de esta tendencia construyen la paternidad en el contacto permanente con su prole, rompen con la representación social que les alejaba de la crianza bajo la figura del hombre adusto y trabajador, participan activamente en esta labor y avanzan en la búsqueda de una nueva forma de ser padres, cuando asumen la paternidad desde el momento mismo del embarazo. Las madres de esta tendencia asumen la maternidad como una opción, rompiendo con la representación social que impone como único proyecto de vida de las mujeres la maternidad. Dichas vivencias no son ajenas a ambigüedades ante las demandas de la vida familiar y las del trabajo remunerado. Sin embargo, separan su papel como madres de la relación de pareja y cuando no se han sentido satisfechas, se han separado. Se cumple en este caso la idea anotada por Cebotarev (1997), acerca de que hoy se cumplen las tareas de socialización hacia la infancia más como una responsabilidad individual, y no se mantiene la pareja a ultranza en función de los hijos.

VI. Conclusiones

El análisis de las concepciones, prácticas y sentimientos manifestados por las madres y los padres ante el nacimiento del primer hijo o hija, demuestra cómo en Bogotá están cambiando las representaciones sociales dominantes, cómo se han producido procesos de objetivación y anclaje. El primero, porque hombres y mujeres han construido nuevos sentidos a su existencia en torno a la forma de ser padres o madres. Por un lado, se ha resquebrajado la ecuación *mujer igual madre* a través de la cual se le había asignado a la mujer la maternidad como proyecto central de la vida. Por otra parte, también se está debilitando la figura del padre proveedor, ajeno a la expresión de los afectos y centro de autoridad de la familia. Ante estas nuevas representaciones se produce un anclaje que dinamiza la vida social y se difunden nuevas imágenes que son apropiadas por las familias en calidad de representaciones sociales modernas, tales como la mujer ejecutiva, quien también debe ser madre proveedora, y la de los padres capaces de participar en la crianza y en los oficios domésticos al tiempo que ocupan empleos productivos. Al producirse el anclaje se van rompiendo prácticas tradicionales y colocando a los padres y a las madres en tareas distintas a las de sus respectivos progenitores.

Muñoz & Pachón (1996) al estudiar las representaciones sociales de la niñez en Bogotá, destacan una mayor democratización de las prácticas de crianza; Puyana & Mosquera (2003) ilustran las ideas innovadoras que generan el debilitamiento de la autoridad patriarcal en la familia y la mayor participación de los hombres en los oficios domésticos. Otras autoras como Cebotarev (1997) se refieren a este cambio como el paso de la familia patriarcal hacia otra de orientación individual, y Gutiérrez de Pineda, (1998, p. 245) enuncia respecto a la familia que “al alterarse las reglas del juego, la mujer hacerse auto válida y generar ingreso, desapareció el principio económico de la desigualdad de los sexos, pero no la discriminación cultural”. Por otra parte las investigaciones de Viveros (2002) coinciden en señalar las formas diversas de ser padres en el país.

Sin embargo, son notables las diferencias en las representaciones y prácticas de padres y madres ante el nacimiento del primer hijo o hija, según las condiciones de vida, el género y la forma como unos y otras se ubican ante el cambio social y cultural del país. Ocurre lo planteado por Badinter (1981, p.188):

“Subsisten grandes diferencias entre las actitudes de las madres que reaccionan de maneras distintas de acuerdo con su pertenencia social. Los recursos económicos, como

también las ambiciones de las mujeres que condicionan ampliamente su conducta de madres. Las mujeres viven de modo diferente la llegada del niño a la familia: es para unas, estorbo y necesidad, para otras necesidades u opción”.

En la *tendencia tradicional*, sobresale la circunstancia de que los hombres asocien la paternidad con el sentimiento de responsabilidad y con la proveeduría. En la tendencia de transición y de ruptura los padres dicen haber experimentado sentimientos de trascendencia, afecto, temor y responsabilidad. Estos hombres se diferencian de la tendencia anterior cuando manifiestan haber aprendido a ser padres a través del contacto directo, cercano y por opción, durante la crianza de su prole.

Las mujeres de la tendencia de transición y ruptura experimentaron sentimientos contradictorios ante la llegada de la prole debido a que cursaban carreras profesionales o actividades laborales que les generaban bienestar y que chocaban con las demandas propias de la maternidad. De la misma manera, las contradicciones y las culpas estuvieron presentes cuando advirtieron que no contaban con todo el tiempo para dedicarse a la crianza de la prole.

Para todos y todas ser padre o madre marca su vida, ya que les brinda un nuevo sentido a su existencia. Incluso es común entre las mujeres de la tendencia tradicional y los hombres con hogares monoparentales, que conciben la maternidad o la paternidad como un proyecto más individual que de pareja. De todas formas se construye la relación paterna o materna a partir de la autorreflexión de sus interacciones cotidianas con la prole, bien sea unidos o unidas por lazos sociales o de sangre. El caso de padrastros y madrastras demuestra cómo se van desarrollando sentimientos afectivos muy fuertes a partir de la convivencia y en contraste con representaciones sociales que sólo legitiman los lazos de sangre como condición para la vinculación entre padres, madres y prole.

En cada una de las tres tendencias la paternidad y la maternidad significan la transformación de las cualidades personales en razón al género. Entre los hombres, su situación al respecto se asocia con el modelo de masculinidad que han construido. Los más tradicionales, a aquella forma de ser hombre que inhibe la expresión de los afectos; mientras que los padres en transición y ruptura al tiempo que construyen la paternidad en medio de un mayor acercamiento afectivo con los hijos o hijas, van modificando su estilo de ser hombre. Al cambiar la forma de ser padres, éstos adoptan cualidades tradicionalmente consideradas como femeninas: el sacrificio, la tolerancia e incluso la delicadeza.

Un proceso similar ocurre entre las mujeres, quienes al romper la ecuación *mujer igual madre* construyen otros tipos de feminidades. Estos cambios van incidiendo en que se admita el que la mujer por opción no desee ser madre y estas decisiones de las mujeres no sean consideradas como antinaturales o contrarias a la naturaleza femenina.

En el artículo se han ilustrado los cambios en las representaciones sociales que hombres y mujeres expresaron en el momento de la procreación de un nuevo ser. Con estas transformaciones se manifiesta un cambio cultural que incluye nuevas relaciones de género y formas diferentes de encuentros intergeneracionales. Cuando el padre está presente en la crianza, desarrollando cualidades antes atribuidas a la mujer como la de expresar afecto, se va a situar de manera distinta ante otras demandas que la socialización conlleva. Al mismo tiempo, su papel de máxima autoridad por ser el hombre proveedor, va a estar minado ante una madre también proveedora. Nos acercamos entonces a una cultura más andrógena que divide los roles parentales de hombres y mujeres frente a la descendencia a partir de

cualidades, condiciones o gustos, y no desde la diferencia sexual. Las nuevas representaciones sociales que chocan con la tradición van minando aquella idea tan proclamada en el siglo XIX acerca de que el único destino de la mujer es ser madre, y el del hombre ser el proveedor del hogar.

Si bien, con esta investigación se abre un campo novedoso para los estudios de familia tomando en cuenta que en los últimos cuarenta años en el país se han vivido cambios sustanciales, aún se requiere la realización de múltiples estudios que faciliten marcar nuevas especificidades de este cambio. Unas investigaciones podrían enfatizar la relación entre los cambios del contexto social y las familias, la interacción entre los estratos sociales y el cambio familias, el desplazamiento forzado y las estrategias de sobrevivencia de la familia. Otros estudios regionales podrían explorar los efectos de la modernización en los sectores agrícolas y los cambios de padres y madres en las ciudades intermedias. Podría estudiarse también cómo han vivido los hijos y las hijas las tendencias democratizadoras de los padres y madres, los nuevos retos ante las separaciones conyugales y profundizar en la forma como viven las nuevas familias que conjugan hijos e hijas de diversas uniones. Incluso ante el aumento de los *padrastrós* y *madrastras* debido a los hogares superpuestos, aún no se han construido nuevas representaciones sociales que indiquen una referencia a quienes son padres o madres sociales ligados por la convivencia con hijos de varias uniones.

Bibliografía

- Ariés, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Badinter, E. (1981). *¿Existe el amor maternal?* Barcelona: Paidós.
- Badinter, E. (1996). *XY, de la identidad masculina*. Bogotá: Norma.
- Burín, M. y Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Cebotarev, N. (1997) Del modelo patriarcal al modelo de familia de responsabilidad individual. Una comparación entre Canadá y Colombia. *En: MEMORIAS: IV*
- Echeverri, L. (1998). *Las transformaciones recientes en la familia colombiana*. Revista de Trabajo Social No.1, pp. 51-60,
- Eliás, N. (1998). *La revolución de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Ewel, R. (1998). *Relaciones de pareja y conflictos conyugales*. Cochabamba: ODEC.
- Fernández, A. M. (1996). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.
- Gilligan, C. (1989). *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México: FCE.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1988). *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal: el caso de Santander*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1998). *Cambio social, familia patriarcal y emancipación femenina*. Revista de Trabajo Social No.1, pp. 39-50.
- Hays, Sh. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- Heller, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Jodelet, D. (1984). *La representación social. Fenómenos conceptos y teoría*. En: Moscovici (Comp). *Psicología Social II*. Pp. 469-494. Barcelona: Paidós.

- Lamas, M. (1996). *El género y la construcción social de la diferencia sexual*. México: Serie de estudios de Género.
- Lamus, D. y Useche, X. (2002). *Maternidad y paternidad: tradición y cambio en Bucaramanga*. Bucaramanga: UNAB.
- León, M. (1995). *La familia nuclear origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina*. En: Arango, L., León, M. & Viveros, M. (Comp.) (1995). *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Muñoz, C. & Pachón, X. (1996). *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Planeta.
- Puyana, Y., Mosquera, C. et al. (Comp.) (2003). *Padres y Madres en cinco ciudades*. Bogotá: Almudena.
- Tubert, S. (1996). *Las figuras de la madre*. Madrid: Cátedra.
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores*. Bogotá: Universidad Nacional.